

El homenaje de Madrid a Rubén Darío

La Glorieta del Cisne convertida en Glorieta de Rubén Darío

UNA CARTA DE DON
FRANCISCO GRANDMONTAGNE.

«Excelentísimo señor conde
del Valle de Suchil.

MI distinguido e ilustre señor: Doy a usted las más rendidas gracias por el alto honor que me concede al invitarme a dirigir la palabra a los niños de Madrid, con ocasión de la próxima Fiesta de la Raza.

Felicítote por la bella idea, aunque no pueda hacer lo mismo por la elección del hombre para realizarla de un modo plausible. Todos nuestros anhelos morales y prácticos en relación con América serán siempre vaguedades caóticas, sin base espiritual, mientras no surja en España una honda emoción americana. Y ella ha de empezar por la infancia, despertando en su espíritu el fervoroso entusiasmo por una herencia histórica como no la tiene ningún pueblo de la tierra.

La causa de que sea débil el pulso de España radica en su falta de conciencia histórica, en la ignorancia de la magna estela que el ímpetu vital del siglo XVI dejó para todos los siglos futuros.

Esta falta de conciencia histórica es la mayor calamidad de España, el manadero central de todas sus desdichas, el origen de todas sus ceguerras y la causa de la congelación de su pulso. El solo nombre de América debiera hacer vibrar a toda España en su anhelo perenne de conocimiento, punto de arranque de nuestras posibilidades espirituales y económicas en los florecientes pueblos de Ultramar.

Pero España está como desasida espiritualmente de su obra fundamental, de la única que ha de durar cuanto dure la vida planetaria. ¿Qué causas de sociología colectiva pueden haber determinado la larga indiferencia de España en este punto sublime de su historia? No puede achacarse en absoluto a la ignorancia del pueblo. Mayor que el analfabetismo de España es el de Portugal, y sin embargo, en esta nación, tan henchida de sentimientos históricos, la vida del Brasil es familiar a todo el mundo.

Nunca he podido explicarme que nuestras clases cultas y nuestros hombres públicos permanezcan—con muy raras excepciones—indiferentes y en una ignorancia supina y vergonzosa respecto a todo un continente, cuyo

protoplasma humano deriva de la sangre española. ¿Se imagina usted en un estado de ignorancia equivalente a los estadistas y gobernantes ingleses en relación con los Estados Unidos? Esta falta de anhelo, de conocimiento, de conciencia histórica, de emoción racial, de sentido americanista, de visión del porvenir, constituye la



RUBÉN DARÍO

prueba concluyente de lo corto de talla mental, espiritual y cultural que es nuestro medio político. ¡Y hablan algunos de la expansión de nuestro espíritu en América! ¿Dónde está el elemento expansible? ¿Dónde está el espíritu?

Hay que crearlo. Y atina usted en el procedimiento empezado por inculcar en los niños el sentimiento americanista, que equivale a despertar su conciencia histórica. Necesario es emprender de nuevo el descubrimiento de América, no un descubrimiento geográfico, como fué el primero, sino social, histórico, espiritual, mercantil, financiero, que permita luego dar virtud de presencia en el continente a las actividades peninsulares. Hay que descubrir nuevamente América; pero se da el caso insólito y absurdo de

que el pueblo descubridor es quien menos la conoce en el momento presente. Y este nuevo descubrimiento ha de ser obra de la generación que ahora es infancia. La nuestra, la de los hombres actuales, está desorbitada en este punto, el más trascendental para el porvenir de España.

Lamento mucho, señor alcalde, no poderle acompañar en su patriótico y bien orientado intento. No soy orador. Además, yo no sabría hablar sin cierta indignación ante el bárbaro atraso de España por lo que toca al conocimiento de América. Y no creo que la indignación sea el tono apropiado para los oídos infantiles. Por último, múltiples obligaciones periodísticas y literarias en España y América me tienen amarrado a las cuartillas.

Mi gratitud nuevamente por el honor de asociarme a su plan. Y mis mejores votos porque logre usted despertar en los niños españoles la conciencia histórica que falta en los hombres.

Con mi adhesión a su buena obra envíole mi respetuoso y cordial saludo».

(El Sol, Madrid)

EL DISCURSO DE ALFONSO REYES.

«POR delegación del excelentísimo Sr. D. Mario García Kohly, ministro de Cuba (a quien corresponde el derecho de antigüedad)—dijo—, toca al representante de Méjico la honra inapreciable de dar las gracias al Ayuntamiento de Madrid, en nombre del cuerpo diplomático hispanoamericano —y seguramente interpretando el sentir de tantas naciones—, por la consagración que acabáis de hacer, señor alcalde, de la glorieta del Cisne, al alto poeta de los cisnes.

Pero habéis pronunciado, junto al nombre de Rubén Darío, otros nombres, para los americanos sagrados, que arrebatan mi atención a otra parte. Felicitémonos porque nos ha sido dable presenciar la hora en que las glorias de América pueden redundar en gloria de España. Renuncio a evocar siquiera la enorme suma de esfuerzos de comprensión que a uno y otro lado del mar han hecho falta para que sea posible proponer, en la capital del orbe hispano, homenajes y recuerdos a los padres de América. Sois, españoles, ejemplares en la cordialidad generosa al reconocer y aceptar los valores humanos definitivos, así sean los del otro campo, y, según acabamos de verlo por la vibrante carta de Grandmontagne, la misma severidad excesiva que adoptáis para juzgaros a vosotros mismos—heroica condición crítica de la mente, que alguna vez ha sido explotada en contra vuestra—,